

1.- Las cifras hablan [Thomas Y. Canby (1994): Our Changing Earth - National Geographic Society -Nuestra Tierra en evolución. Traducción de RBA Editores S.A. (1995)]

Casi mil millones de *Homo sapiens* poblaban la Tierra en 1798, cuando el reverendo Thomas Robert Malthus afirmó: "El crecimiento de la población es indefinidamente mayor que la capacidad de la Tierra para producir sustento para el hombre". Tres mil quinientos millones en 1968, una época de hambre en todo el mundo, cuando el biólogo Paul Ehrlich, de la Universidad Stanford, escribió *La bomba demográfica*. Cuatro mil quinientos millones en 1982, cuando la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO) llegó a la conclusión de que incluso con las modernas técnicas agrícolas muchos países del Tercer Mundo tendrían dificultades para alimentar a sus pueblos a final de siglo. Cinco mil quinientos millones en el momento de publicarse este libro (1994), más de seis mil millones para el año 2000.

Poniendo la vista más allá del horizonte próximo, los datos de las Naciones Unidas contemplan cierta nivelación hacia el año 2150, en el que aproximadamente 11.500 millones de seres humanos estaremos compartiendo este planeta pequeño y lleno de presiones sobre el medio ambiente.

Sin embargo, en términos de impacto medioambiental, las cifras de población sólo reflejan una parte del problema. Otro factor igualmente importante es la opulencia. "El nacimiento de un bebé en Estados Unidos -han escrito el doctor Ehrlich y su esposa, la doctora Anne Ehrlich- supone un impacto más de cien veces mayor en los recursos humanos y en el medio ambiente que el nacimiento de un niño en Bangla Desh, pongamos por caso. Los niños de Bangla Desh no crecen para ser el día de mañana propietarios de automóviles y de aparatos de aire acondicionado, o para comer buey criado con grano. Su estilo de vida no requiere enormes cantidades de minerales y energía, ni sus actividades socavan de forma seria la capacidad de soporte de vida del planeta".

(...) Los bosques de América Central se destruyen en parte para dedicar el terreno a pastos y a fin de producir en Estados Unidos comida para animales domésticos y platos precocinados ligeramente más baratos; en Papúa Nueva Guinea los bosques se destruyen a fin de proporcionar cartón de embalaje para los productos electrónicos japoneses. Así, una persona rica a miles de kilómetros de distancia puede causar más destrucción en las selvas tropicales que una persona pobre que viva dentro de la propia selva.

Desde este punto de vista de ansia de riquezas, afortunadamente la población de muchos países ricos -aunque no la de Estados Unidos- está próxima a estabilizarse o a disminuir. Por otra parte, el crecimiento económico más rápido se está dando en las naciones del Tercer Mundo, en las naciones con mayor número de habitantes. China, con 1.200 millones de personas, disfruta de un crecimiento medio anual del producto nacional bruto de aproximadamente el 13%. En la misma medida en que la riqueza se extienda, repercutirá en el medio ambiente.

1.- *Las cifras hablan* (2ª part)

¿Hasta qué punto es vulnerable, hasta qué punto es delicada esta Tierra? La palabra "frágil" aparece con frecuencia cuando hablamos del medio ambiente, a veces casi de modo automático. Y en muchos aspectos el medio ambiente es extremadamente frágil. En lo referente al equilibrio de las temperaturas del planeta, por ejemplo. Nuestras emisiones de gases con efecto invernadero han cambiado la composición de la atmósfera tan sólo microscópicamente... solamente algunos fragmentos por millón. Aun así, el sistema térmico de la Tierra es tan delicadamente equilibrado que casi con certeza esos gases harán subir a corto plazo el termostato del planeta entero, si es que no lo han hecho ya.

No obstante, en otros aspectos la Tierra puede ser considerada verdaderamente resistente. La Academia Nacional de Ciencias (EUA), en su informe *Una Tierra, un futuro*, observa que "por mucho que hagamos los humanos, es improbable que podamos anular las poderosas fuerzas físicas y químicas que controlan el sistema terrestre". La vida por sí misma puede ser sorprendentemente adaptable. Yo mismo tuve oportunidad de comprobarlo en 1991, en Kuwait, cuando los cañones de la guerra del Golfo se habían callado en Iraq, cuando el mayor derramamiento de petróleo del mundo cubría 1.500 kilómetros cuadrados del golfo Pérsico, y cuando aproximadamente seiscientos pozos de petróleo incendiados vomitaban tanto humo y hollín que muchos temían que el hecho cambiara las pautas climáticas y afectara los grandes monzones afroasiáticos.

Probablemente, ninguna masa de agua conocida ha recibido un castigo semejante al que recibió el golfo Pérsico durante y después de la guerra. Al abrir los oleoductos y hacer volar por los aires algunos barcos petroleros, los iraquíes vertieron deliberadamente una cifra que se aproxima a los doce millones de barriles en las ya contaminadas aguas marítimas.

(...) Una contaminación mucho peor cayó sobre el asediado golfo desde los pozos petrolíferos en llamas de Kuwait. Desde cada manantial, una fina bruma de petróleo se elevaba junto con el humo y el hollín; gran parte de la misma cayó en forma de llovizna aceitosa sobre el atormentado golfo. Durante los ocho meses que estuvieron ardiendo los pozos, quizá cayera tanto petróleo sobre el golfo como el que se vertió en los derramamientos al comienzo.